

La Apuesta

Nerea N

La apuesta



Capítulo 1

La apuesta

Melisa era una chica guapa y testaruda. Se jactaba de nunca haber perdido una apuesta, y siempre decía que el día que perdiera, si es que eso ocurría alguna vez, porque tenía muy buena suerte, no dudaría en cumplir su parte. Se consideraba una mujer de honor. Siempre había odiado a aquellos que después de perder, intentan quedarse con lo que han apostado. Cada vez que alguien le proponía apostar, si veía posibilidades de ganar, aceptaba. Su novio, Jordi, ya estaba cansado de oírle hablar de aquel tema.

Melisa siempre había odiado el deporte, y especialmente el fútbol. Sin embargo, a su novio, como a la mayoría de los hombres, le encantaba.

Una noche estaban en el salón de la casa. Él viendo un partido, y ella a su lado, mirando su móvil, mientras lo acompañaba. El juego se tornó emocionante, al punto que ella comenzó a prestarle atención. El Barcelona y el Real Madrid estaban empatados a un gol. Era un importantísimo partido entre ambos equipos. El partido más esperado de la temporada.

—¿Qué te apuestas a que gana el Barça? —le dijo él—, ese es mi equipo de toda la vida, y para mí, el mejor del mundo.

Ella, solo por contradecirlo, porque no sabía ni le interesaba nada de fútbol, le dijo:

—Me apuesto lo que quieras a que va a ganar el Real Madrid.

Había mencionado la palabra “Apuesta” que para ella era sagrada. Su novio se dio cuenta que en aquel momento tenía delante la posibilidad de hacer lo que tanto había anhelado y nunca había podido.

La abrazó y acercándose a su oído le dijo lo que quería si ella perdía. Melisa nunca pensó que le propondría aquello.

—Por ahí no, que duele mucho —le dijo con cara de gatita asustada.

—Pero ¿cómo dices que duele, si nunca me has dejado hacerlo? Tienes miedo a perder —le dijo haciéndole cosquillas y riéndose—. Al fin veo que le has cogido miedo a apostar. Para mí, ya has perdido.

—Asumiendo Y solo asumiendo que yo aceptara ... que no he dicho que vaya a aceptar ... ¿qué tú me darías, si eres tú quién pierdes? —le dijo,

frunciendo el ceño.

—No sé. Pide por esa boca.

—Quinientos euros, para comprarme un ordenador nuevo.

—Afloja Mely, que no soy millonario. Pídeme otra cosa —le dijo el chico, abriendo los brazos en señal de alarma.

—No, porque lo que yo te voy a dejar hacerme, no me lo ha hecho nadie nunca. Y me va a doler mucho. Si no estás de acuerdo, lo siento, pero no hay apuesta.

El chico pensó un momento. En realidad, tenía el dinero. Sin embargo, siempre había querido hacerlo de “aquella manera” con su novia y ella nunca se había atrevido. Además, si el Barça ganaba, ella lo tendría que hacer de gratis, porque habría perdido.

—Trato hecho —le dijo extendiéndole la mano—. Si pierdo, esta noche te doy el dinero. Si pierdes, esta noche, cuando se acabe el juego, lo hacemos “por ahí”.

Ella vaciló un momento, porque no pensó que el aceptaría. Por eso precisamente le había pedido tanto. Se sintió como una prostituta.

Sin embargo, no había sido un acto torpe de su parte. Hace tres meses que estaban juntos y él siempre con la obsesión de hacerlo por atrás y ella que no. Si él seguía insistiendo, al final tendría que ceder, aunque fuera por cansancio. Y sabía que él seguiría insistiendo. ¡Qué rara obsesión la de los hombres con eso! Si ganaba la apuesta, se compraría una computadora nueva. Y si perdía, tendría que dárselo ... era un riesgo que tenía que correr.

—Trato hecho —y se dieron un apretón de manos—. Ahora era una cuestión de honor.

El juego continuó su curso. Los dos estaban atentos. Seguían empatados. Ahora había más tensión dentro del salón, que en el mismísimo estadio.

Cada uno, por su parte, se hacía ilusiones, con el premio que obtendría. Sin embargo, no dependía de ellos. La suerte estaba echada.

Melisa no podía concentrarse en la pantalla del televisor. Antes de irse a vivir con Jordi, vivía en casa de su hermana mayor. Desde su cuarto escuchaba la gritería que ella formaba, las pocas veces que su marido se lo hacía de aquella manera. Y eso la había predispuesto bastante. Pensó en el dolor que sentiría. Su novio era un chico muy bien dotado. Estaba a

punto de arrepentirse. Pero su orgullo pudo más.

Justo un minuto antes de que sonara el silbato, indicando la terminación del juego, un jugador de pequeña estatura y barba rojiza, se abrió paso entre los otros. Llevaba el número 10 en su camiseta. Dos defensas del equipo contrario trataron de detenerlo, pero fue en vano. Cuando solo estaba a unos quince metros de la portería, pateó el balón. Fue un disparo recto, exacto, preciso, como una bala salida de un cañón, a una velocidad casi supersónica y con una precisión milimétrica. El portero intentó lanzarse para capturarlo, pero fue imposible. El balón ya estaba adentro. El tan ansiado gol había llegado diez segundos antes de que terminara el partido.

El estadio Camp Nou, de la ciudad condal, con casi cien mil aficionados estalló de júbilo. ¡Visca el Barça! ¡Visca Catalunya! Todos gritaban. Barcelona había ganado. Jordi estaba jubiloso. Daba saltos, levantaba los brazos, gritaba ...y no solo por el gol.

Melisa permanecía en silencio. Se había arrinconado en el sofá. Cuando pasó la euforia del momento, y todo se fue calmando, se acercó a su chica, la tomó en sus brazos y sin decir palabra, la llevó a la cama.

Una vez en la habitación, ella le dijo:

—Déjame ir al baño. Tengo que estar bien limpia.

La chica entró y cerró la puerta. Abrió el pequeño botiquín y sacó una perita de goma. La llenó de agua, se sentó en el váter y se la introdujo por detrás. Retuvo el líquido unos minutos y vio que salió limpia. Después se aseó bien. Finalmente salió del baño.

Melisa sonrió sin ganas. Se puso frente a él, y ella misma se quitó la ropa, poco a poco. Después se arrodilló en la cama, se bajó el tanga rojo y se dio la vuelta. Entonces le dijo:

— Échame bastante lubricante, porfa. Está en la mesita de noche.

—Aquí lo tengo —dijo el chico, mostrándole el frasco en su mano—. ¿Vamos a hacerlo así, tan directo, sin preliminares?

—Sí, cuanto antes salga de esto, mejor. He perdido la apuesta y voy a cumplir mi palabra. Acuérdate que nunca lo he hecho por atrás, así que tenlo en cuenta —y se arrodilló, subiendo el culo, con el pecho pegado a sus rodillas.

—El chico, se colocó enseguida detrás de ella, le abrió las nalgas y le untó el gel, que sintió frío al hacer contacto con ella. Empezó a darle un suave

masaje, con los dedos, para dilatárselo un poquito.

—Eso me hace cosquillas —rio ella.

Enseguida le colocó la parte delantera de su miembro a la entrada. Comenzó a moverla suavemente de arriba abajo. Presionó un poco. Melisa se contrajo y dejó de reír.

—Presiona un poquito más fuerte —dijo la chica—. Cuando entre la punta, solo me metes un pedacito. Yo te voy avisando. Segundos después se arrepentía de haberlo dicho. Jordi le agarró ambas caderas y la empujó hacia él. Ella chilló. La punta solo la había rozado. La parte superior, la más gruesa no había logrado superar la presión que le hacía el esfínter.

— ¡Ay coño me duele! —dijo gritando—. No te muevas ahora. Ella llevó su mano hacia atrás. Le tenía colocado el pene en la entrada de aquel pequeño agujero que parecía la boca de un pez, moviéndose discretamente hacia adentro y hacia afuera. Echando la mano hacia atrás, se lo sujetó, para intentar controlarle. Sudaba copiosamente, a pesar del aire acondicionado.

—Relájate —dijo —cuando haya entrado una pequeña parte, ya habrá pasado lo más malo.

—Pero suavcito, que me duele mucho —le advirtió, mientras le liberaba el miembro, erecto hasta lo sumo. Jordi volvió a presionar. Esta vez entró. Había logrado vencer esa barrera inicial. Hecho esto, solo quedaba empujar.

Jordi le acarició la espalda. Ya la tenía ensartada, como un hilo dentro del ojo de una aguja, mientras le recordaba lo bella que era y lo mucho que la quería. Y aquello la ablandó y exacerbó en su psiquis de mujer, el deseo de darle placer.

— ¿Un poquito más? —sugirió el chico. Solo un pedacito.

—Sí, pero suavcito —dijo sudando la gota gorda

Y llegó a la mitad. Entonces el chico empezó a meterla y sacarla, lentamente. Le había puesto mucho lubricante. Ya no había resistencia.

Melisa sintió que el dolor se alejaba, a medida que aumentaba el roce. El grueso pene de Jordi le friccionaba el clítoris, desde atrás. A medida que aceleraba los movimientos, comenzó a sentir el aviso del orgasmo que se aproximaba. La tensión, la cosquilla que descendía hacia la parte baja del vientre. Quince o veinte segundos más y estaría gritando de placer.

Pero no le daría ese gusto. Eso significaría perder, eso sería una evidencia de que al final su novio tenía razón, en aquello de que no era tan malo hacerlo así.

Y con el roce, llegó el anunciado orgasmo. Intentó callarse, pero la sensación era tan intensa, y duró tanto que chilló como una loca de atar. Era como cuando te deslizas por un tobogán, desde lo alto, que vas cayendo hacia abajo, cada vez más rápido y no puedes parar, por mucho que intentes evitarlo. Sus gemidos, mezclados con gritos estaban a punto de delatarla. Aun así, seguía de rodillas, agarrada del cabecero de la cama, con la cabeza pegada a la almohada. Su cuerpo parecía un V invertida. Continuaba intentando disimular.

—Si quieres paro. Tampoco quiero hacerte daño —le dijo su chico al oírla chillar.

— ¡No pares coño! Sigue, que ... yo cumplo lo que prometo. Yo me sacrifico —dijo jadeando—. El chico siguió y un minuto después Melisa se volvió a correr, liberando la sensación de placer con gritos, que parecían de dolor, para no dar su brazo a torcer.

Y Jordi, ajeno a todo, siguió hasta que los chorros de semen bombardearon el interior de la chica, inundándolo de aquel líquido espeso y pegajoso. Entonces se la sacó.

Melisa se apartó con una simulada expresión de dolor y enfado. Esta vez no tenía una sonrisa en sus labios. Estaba fingiendo que lloraba. Trataba de parecer muy enojada.

—Esto no lo hago nunca más —mintió. Era una chica a la que no le gustaba perder. Cruzó los dedos por detrás, pensando: — “Que no me tome la palabra. Que no me la tome y me lo vuelva a pedir”.

Jordi se sentía culpable y ella lo sabía. Se sentó en la cama y juntando sus manos, en señal de súplica, le dijo:

—Mely, lo siento. Es que nunca una mujer me había vuelto tan loco como tú lo has hecho hoy. Perdóname, por favor.

Melisa no dijo nada. Se levantó y poniéndose un trozo de papel higiénico, para evitar que la leche se saliera, se fue a la ducha, sonriendo de espaldas, sin que él la viera, y dejándole acostado boca arriba, tan satisfecho como un niño cuando le dan el biberón. En el fondo, él temía haberle hecho daño. Parecía muy enfadada.

Al regresar, le preguntó si ella quería decirle algo. Si quería conversar.

Entonces le dijo:

—Sí, quiero decirte que me cago en Messi que metió el gol, en el Barça, en el Real Madrid, en el fútbol y en las apuestas. Y que desde hoy, no vuelvo a apostar nunca más.

Jordi fue al armario y sacó 500 euros, los metió en un sobre y se los entregó.

—Aquí tienes, para tu ordenador nuevo.

Ella no se sorprendió. A pesar del corto tiempo que llevaban juntos, lo conocía demasiado bien. Sabía que intentaría reparar el “dolor que le había causado”.

—Pero ... no tienes que hacerlo

Melisa se apartó con una simulada expresión de dolor y enfado. Esta vez no tenía una sonrisa en sus labios. Estaba fingiendo que lloraba. Trataba de parecer muy enojada.

—Esto no lo hago nunca más —mintió. Era una chica a la que no le gustaba perder. Cruzó los dedos por detrás, pensando: — “Que no me tome la palabra. Que no me la tome y me lo vuelva a pedir”.

Jordi se sentía culpable y ella lo sabía. Se sentó en la cama y juntando sus manos, en señal de súplica, le dijo:

—Mely, lo siento. Es que nunca una mujer me había vuelto tan loco como tú lo has hecho hoy. Perdóname, por favor.

Melisa no dijo nada. Se levantó y poniéndose un trozo de papel higiénico, para evitar que la leche se saliera, se fue a la ducha, sonriendo de espaldas, sin que él la viera, y dejándole acostado boca arriba, tan satisfecho como un niño cuando le dan el biberón, aunque en el fondo temía haberle hecho daño. Parecía enfadada.

Al regresar, le preguntó si ella quería decirle algo. Si quería conversar.

Entonces le dijo:

—Sí, quiero decirte que me cago en Messi que metió el gol, en el Barça, en el fútbol y en las apuestas. Y que desde hoy, no vuelvo a apostar jamás.

Jordi fue al armario y sacó 500 euros de un sobre.

—Aquí tienes, para tu ordenador nuevo.

Ella no se sorprendió. A pesar del corto tiempo que llevaban juntos, lo conocía demasiado bien. Sabía que intentaría reparar el “dolor que le había causado”.

—Pero ... no tienes que hacerlo. Tú ganaste la apuesta. Es verdad que me sacrifiqué, porque te di mi palabra, y también por complacerte. Y que me torturaste metiéndome “eso” tan gordo por atrás ...y que por poco me desmayo gritando de dolor ..

—Yo quiero regalártelo, amor mío. Y le dio un breve beso en los labios, mientras se levantaba para ir al baño.

Melisa sonrió tímidamente. Y mientras acariciaba los billetes, pensó que tal vez el fútbol no era tan malo. Había sacado un ordenador y dos orgasmos. Y eso que había perdido la apuesta.

Fin